

LUIS MARTÍNEZ DE MINGO

# Estigia

*Este libro está dedicado a Inma,  
que me animó a pasar esta  
distopía de guion a novela.*

Esta novela está basada en hechos reales:  
a saber.

En cualquier parte de este país, también en las ciudades, se dan tardes densas, caliginosas, en las que el aire pesa y cuesta respirar. A veces, en esta ciudad de Barcelona, esa sensación se funde con la calima, y el aire pica. En las estrechas calles cercanas a la Plaza del Rey, muchas veces se cuelgan toldos protectores y las gentes vagabundean a trompicones y casi fermentan con tal de no salir a cielo abierto, y menos al ruido motorizado de Vía Laietana. En una de esas callejuelas han tenido hoy que retirar los toldos, han cerrado las tiendas, no quedan ni escaparates, y hace ya mucho rato que desapareció toda la calma habitual. Cunde la algarabía y el mismo ruido de las sirenas de la policía clava puñales en el aire y convierte el tiempo en vértigo. Se oyen gritos de protesta y eslóganes muy nítidos de jóvenes airados, que se enfrentan al cordón policial con piedras, botellas e incluso adoquines arrancados del suelo. Es una más, que no menos trágica, de las tantas ejecuciones de desahucio que se producen en la ciudad, y tanto un bando como otro están perfectamente pertrechados. Esta vez la novedad es que también se enfrenta a los «maderos» uno de los líderes de las revueltas, tal vez el más carismático ahora mismo: dirigiendo las operaciones, jugándose la jeta como el primero, está Morad, el rapero de L'Hospitalet. Luce tapabocas blanco, chándal, bolso cruzado sobre el hombro y gorra con letras mayúsculas de Gucci. Pero es que como él visten otros diez más —su guardia pretoriana—, porque le admiran, siguen al líder y siempre quieren dar a entender que son una piña, que va a costar mucho doblegarlos y más aún identificarlos. Él es el comandante «Morad, El Khattouti»,

pero son todos al unísono los que cantan sus letras: «El dinero no te hace más rico», «Del barrio al cielo», «Con los míos, codo con codo». Todo el mundo sabe que, aunque está desterrado de su barrio de L'Hospitalet, el comandante sigue alquilando furgonetas y llevando cada vez a treinta o cuarenta chavales a sus conciertos. Les hace magníficos regalos por sus cumpleaños y les paga la cuota del fútbol, doscientos euros al año, para que al menos sueñen con ser algo en la vida. Morad es ahora mismo el rapero español más famoso, llena estadios, y por eso puede comprarles patinetes eléctricos para que huyan de los Mossos d'Esquadra cuando los pillan haciendo grafitis contra los fondos buitres. Aquí ahora es imposible ver esos murales porque se levanta un humo negro, espeso como el *galipó*, que provoca la tos y se agarra a los ojos. La policía avanza en grupos de seis, detrás de los escudos transparentes, hacia una vieja puerta de madera con rejas sencillas de hierro, por donde se entiende que tienen que subir hasta el piso de los posibles desahuciados. Siguen lloviéndoles piedras, botellas y gritos furiosos. Se oyen golpes secos, como caídas de sacos de arena, y disparos. Se distinguen algunas banderas moradas, otras con la hoz y el martillo, y a duras penas, en el balcón del primer piso, donde aún lucen algunos frondosos geranios, distinguimos a la pareja, objeto de semejante zafarrancho. Gritan también ellos, pidiendo auxilio a los jóvenes borrokas, con el puño levantado: «Nos echan a la puta calle», «Especulación», «Fondos buitres, carroña humana». Algún rayo de sol furtivo, que se cuela como puede entre toda la marabunta hasta el balcón de los pobres, permite distinguir que él es un tipo alto, que puede rondar los cincuenta, y que es calvo del todo. Ella es un poco más pequeña, está más delgada, tiene el pelo blanco, pero grita tanto o más que él.

Los tres frentes de policía han logrado, a base de batir porras y gases lacrimógenos, echar atrás a los del rapero y asimilados. Ahora pueden ya emplearse en reventar la puerta y subir. Claro que los antidisturbios actúan con una orden judicial, pero no será la primera

ni la segunda vez que les pueden esperar atrincherados, detrás de la puerta de arriba, treinta o cuarenta descamisados e incluso padres de familia con sus hijos, que se solidarizan con los desgraciados, quizá porque temen que ellos pueden ser los próximos.

Sin duda, esta vez todo ha resultado más fácil: los dos son ya arrastrados por el suelo hasta el furgón policial. Aunque cueste creerlo, Pablo es licenciado en Filología por la Universidad Complutense de Madrid. Soñó con ser escritor y se lio a leer durante muchos años como un desesperado. Tras la universidad, le surgió la oportunidad de enseñar español allá en el Cáucaso, en Piatigors, muy cerca, por cierto, de donde murió en duelo Lérmontov, nada menos. Nunca se planteó en serio lo de preparar oposiciones de Enseñanzas Medias, así que a los dos años ya estaba en la calle. Tradujo, y muy bien, por cierto, a Williams C. Williams, pero todo el mundo sabe que de eso no se puede vivir. En estas conoció a Laia, una catalana que, según contó, llegó allí también por amor. Se había suicidado su padre y, al parecer, lo intentó superar con el calor, la fuerza y la fogosidad que le insuflaba aquel rubio caucasiano. Él mantenía negocios de productos rusos de exportación —vodka, caviar—, así que tenía que recalar cada cierto tiempo en su punto de origen. Pablo se la encontró ya sola y desaforada del caucasiano, así que se echaron uno en brazos de otro e incluso pensaron en tener hijos cuando las cosas mejorasen. Esta extraña pareja, que ahora está siendo magullada, herida y arrastrada sin miramientos, según dice la ley, «porque ellos se lo han ganado, y además con creces». No son los únicos. También hay gente con sangre en la cara, algunos caídos por el suelo y otros llenos de colores variopintos, porque los manifestantes siguen arrojando botes cargados de pintura que, al impactar sobre todo contra la policía, dejan todo enciscado, como si aquello fuera un enorme cuadro expresionista. Los de las porras siguen arreando a diestro y siniestro porque a dos pasos de sus escudos les gritan, «Banqueros, fascistas, sois los terroristas»; «Policía, criminal»; «No nos mires, únete», dirigido a los que se

asoman a los balcones. Entre muchas bochornosas escenas, una señora, ya mayor, chorrea sangre abundante por la cara y clama al cielo para que todo el mundo vea lo criminales que son los policías y la falta de escrúpulos morales que tienen. La gente corea los mismos eslóganes y muchos otros, fragmentos de las letras del rapero, mientras la policía sigue la operación de arrastre.

## II

Las *semi-detached houses*, que dicen ellos, no son pareados, ojo. Son hileras inacabables de casitas todas iguales, con el fin de gastar lo menos posible en el proyecto, de tal forma que se parezcan unas a otras como dos gotas de agua, que decía la canción. Claro que, cuando ya pasan los años y van creciendo los árboles, la hiedra y las arizónicas, se distinguen mejor, pero al principio, todas pintaditas de blanco, aquello parece más bien un poblado marroquí. Es ya al atardecer avanzado, cuando la sombra del ciprés va siendo alargada y los bustos conversan protegidos por la oscuridad. Porque es redundante aclarar que esas filas interminables de semicasitas, el «quieroynopuedo», siempre se construyen en las afueras de ciudades o pueblos circundantes. En uno de ellos, pintado ya de ocre claro, con remarques más oscuros en las ventanas, vemos lo que, a primera vista, parece un asalto a la vivienda, un allanamiento de morada por parte de dos individuos. Él, más decidido y ágil, escala, con los pies apoyados en la fachada, casi como si fuera un trapecionista, y agarrado a una sogá, que previamente, mediante un gancho, han sujetado a la barandilla del balcón. No hay gran altura, seis, siete metros, y, por supuesto, no los ve nadie: la oscuridad protege la impunidad. Se ven algunas farolas ya encendidas, aunque son lejanas, y también alguna lámpara de entrada, aunque no en el pareado que nos ocupa.

—Pablo, ¿estás seguro de que no hay nadie?

Le dice Laia a su pareja, la misma que desalojaron del balcón del desahucio, la misma con la que, con toda seguridad, no pasó ni una noche en comisaría.

—Tranquila. Ya te he dicho que he vigilado el chalet durante más de una semana y está vacío. Aquí no entra ni sale ni dios. Es un desperdicio.

De Piatigors, la pareja recaló en Barcelona, como tenía que ser. Ella al menos tenía allí a su madre, y puestos a ganarse la vida de cualquier cosa, siempre sería mejor, porque conocían a más gente. Laia intentó dar clases de inglés, pero enseguida se colocó como dependienta en un Ahorramas, así, sin tilde, como lo escribe el mundo. Como, al parecer, su madre les ayudaba algo, pronto lo dejó, porque eso no era para ella. Aún llegó a cobrar unos sueldos por hacer de secretaria de un partido local de izquierdas, pero eso duró menos de un año. Pablo siguió empeinado con sus traducciones, incluso llegó a publicar algo, aunque para pagar juntos el alquiler, se dedicó a arreglar ordenadores e incluso a idear juegos para consolas porque, sin duda —le dijo a Laia—, por ahí van los tiros. Para ellos no, desde luego. Porque entre todo, por intentarlo, fumaron mucho, bebieron más y flirtearon quizá en exceso con marías y cosas. Suficiente como para que se les cayera el pelo —a él sobre todo, a ella se le puso blanco—, perdieran muchos dientes carcomidos por el sarro y se les humedeciera la vista para siempre. Aún hizo él un curso de jardinería que le permitió ganar un sueldo apañado. Ese que les llevó a alquilar el piso del balcón de hierro labrado, con geranios, del que los sacó la policía. Una operación de hernia discal le llevó al paro y ya, de corrido, a las listas del desempleo. Ellos quieren trabajar pero la sociedad los repele, así que, antes de dormir en cartones a la intemperie, son capaces de asaltar un chalet adosado, ese por el que ahora eleva Pablo, con todo cuidado, a Laia tirando de la cuerda con todo el mimo del mundo. «Lo hemos intentado todo. Hasta hemos puestos papeles por las calles ofreciéndonos para trabajar, ¿qué quieren, que nos pongamos de rodillas pidiendo limosna en el metro?». Laia incluso hizo un curso de peluquera y la cogieron: le pagaban setecientos euros, diez horas al día, y cuando le pagaban. ¿Se puede decir que se rieron de ella?

¿Qué es eso de que haya miles de pisos vacíos y no los quieran alquilar? Y luego está el sueldo de los futbolistas, los payasos del Sistema, para escarnio del día a día del obrero? ¿Y las reservas de oro? ¿Y el metaverso? ¿Y el IBEX-35?

Han descerrajado la puerta del balcón, con sumo cuidado para no meter ruido, y ahora avanzan, linterna en mano y paso a paso hasta ver qué se encuentran. Se habrán equivocado, sin duda. Todos cometemos errores; lo malo no es eso, lo peor es no saberse perdonar, porque eso te lastra inmisericorde y te lleva al hoyo. Y lo peor de todo, lo que ya no pudieron soportar fue lo del albergue municipal. Ahí la soledad se multiplica, te entra a ráfagas con la mirada del otro, el que está como tú y es puro calcañar. Las miradas son golpes en la nuca. Y más si le preguntas a alguien y te empieza a contar su vida, cómo han llegado hasta allí. Porque es que además apestan, huelen mal todos a más de dos metros: el aliento, los sobacos, por no mencionar la entrepierna. ¿Por qué no les obligan al menos a quitarse la roña de las manos? Muy sencillo, porque todo forma parte de la misma miseria. Son seres caídos, hace muchos años, que no tienen agallas para salir del escenario y hacer mutis por el foro. Llevan los harapos y la mierda encima como una afrenta contra la sociedad. Si te ven un poco limpio y que usas la pastilla de jabón, ya no eres de su misma clase: te evitan, a ser posible. Peor que envejecer, peor que la ruina física y mental es la pobreza. Al no tener huevos para suicidarse, para tirarse de un rascacielos como ocurrió en el crack del 29 con los primeros *brokers*, y los que vinieron después, y los que vendrán, se van olvidando, se van dando plazos, y mientras van arrastrando toda la miseria, día a día, hora a hora, y esa impotencia pornográfica, que se ha formado sobre el esqueleto de la rabia y el miedo, lo que da es asco. No hay piedad alguna. El ser humano maloliente, roñoso y podrido, lo que da es asco, sin adjetivos. Por eso dan ganas de escapar de allí a los cinco segundos, porque te ves reflejado y te autodesprecias

de inmediato. Ves lo que te espera, casi lo que ya eres. Es el casi lo que te salva.

Fuera. Prefieres morirte de frío en un cajero. Por si el ciudadano, municipal y espeso, quiere saber por qué pasamos la noche encima de unos cartones, ahí tiene la respuesta. Lo que pasa es que no quiere saberlo, porque la realidad, sobre tantas cosas en esta vida, es insoportable. Nadie quiere conocer la realidad. Sobre esa obviedad se instala el mundo cada día del calendario (zaragozano).

Por todo eso fue por lo que Laia y él pasaron allí una noche. Luego se fueron a los túneles del metro y ya aquel mismo día se puso él a buscar un adosado donde poder entrar. Si no luchas, ni vives.

La alfombra que ahora pisan tiene un dibujo geométrico tópico, como casi todas, y al fondo de una pequeña habitación ven un cabezal de hierro, pintado de oscuro, dos edredones y el cuadro de un paisaje al que le falta el ciervo para ser de diez en las tiendas *outlet*.

—¿Y si damos la luz? Aquí no vive nadie.

—No, es mejor así, sigue. Si algún vecino ve luz y sabe que no están los dueños, puede llamar a la policía.

—Es verdad.

Siguen los fogonazos: una consola, estantes con libros, una silla. De pronto, Laia tropieza con una mesa de cristal que antecede al tresillo y cae al suelo una vasija de barro. No se rompe. Solo es el ruido. Ambos tiemblan. No se oye reacción alguna en la casa. ¡Joder!, exclama. A que la jodemos, añade él. Medio temblando siguen avanzando ahora por un estrecho pasillo, la puerta que da acceso a otro dormitorio, la cama del mismo. De pronto ambos se quedan de piedra: la linterna ahora alumbrá las patas de la cama donde aparecen claramente cuatro pies desnudos.

—¡Hostia puta! ¿Qué hacemos? Ahí están, tía.

—¿Y si están muertos? Hay que mirar a ver si respiran.

—No lo sabemos. Hay que entrar, tía. Hay que entrar y ver lo que pasa. ¿Quién va primero?

—Yo no entro. Tengo un yuyu que me cago.

—Vale. Voy yo solo.

—No, espera. Si damos un portazo o tiramos algo más fuerte que antes y no se mueven es que están fiambres. Seguro.

—¿No has dicho que has estado mirando una semana y aquí no ha entrado ni salido nadie?

—Eso sí es verdad. ¡Joder! ¡La hostia! Vale.

Sin más, arranca él solo. Empuña la linterna y entra en la habitación. Con la total determinación de hacerle frente a lo que sea, va directamente a los rostros. Mueve el foco repetidas veces. En la habitación se produce un relampagueo que se multiplica en los espejos y en la cara de Pablo, entonces grita:

—Laia, ven, por favor. Estos dos están fiambres. La han cascao y además hace mucho. ¿Pero tú no notas que aquí huele a muerto?

Laia entra también con su linterna y ahí aparecen los dos cuerpos tendidos y con los brazos extendidos a ambos lados. El rictus de la muerte conlleva unos adjetivos que ya no dicen nada: macabro, tétrico, espeluznante. Cuando enfocan las linternas a los rostros, un viejo y una vieja, lo que destaca es la bobicie. La crispación y el pavor de alguien que parece que se ha asomado al Más Allá y ha querido volverse espantado ha dado paso a la idiotez. En ninguno de los dos hay placidez ni templanza. Incluso, la vieja se ha mordido la lengua y ha quedado con los ojos abiertos. Ante la muerte, lo primero es huir. A Laia no le llega el grito al cuello, pero sí que vuelve a refugiarse entre los brazos de Pablo. Se arrebujá de lleno en su pechuga y llora. Él le echa los dos brazos por encima y le besa la cabeza, se refugia también entre su pelo. Son fiambre. Están fríos como besugos de supermercado y, además, deben de llevar así no se sabe cuánto. Con razón no entraba ni salía nadie de la casa.

—Vale, no toques nada, pero nada. Nos tenemos que najar de aquí pero a toda hostia. Como para quedarnos aquí a vivir de okupas, sí por los cojones.

—¿Qué hay ahí? —exclama ella mientras pone el foco en la mesilla de noche—. ¡Joder, mira! Y no lo toco, solo lo enfoco.

—¿Qué es eso?

—**IMAO**, tío. Un antidepresivo fortísimo, un inhibidor de la serotonina, la dopamina y todo eso, con unos efectos secundarios como los que estás viendo porque, a veces, lo tomó mi madre en pequeñas dosis. A la edad de estos viejos, mortal. No hay más que verlo.

—¡Joder! Pues ahora el que me cago soy yo.

—Espera, espera, mira esto —E ilumina dos billetes, con el anagrama de una naviera, que hay junto al sobre de **IMAO**.

—Vale. No toques nada.

—Pero cómo que no lo toque, ¿pero tú estás leyendo lo que leo yo? Aquí hay dos reservas pagadas para un crucero en un barco que se llama Estigia por todo el Mediterráneo, para dos personas, que arranca del puerto de Barcelona.

—¡No me jodas! Mira a ver las fechas. Claro, se les ha pasado porque ya la han espichado los pobres viejos.

—¡La Mare de Déu, que no, que aquí dice que el embarque es el 8 de junio! ¿A qué día estamos?

—Estamos a 5. Faltan tres días. ¿Pero qué estás diciendo?

—Lo que oyes, lo que estás oyendo. Coge, sin tocar nada, esos dos billetes, métetelos bien adentro, en los huevos, y vámonos echando hostias de aquí. Pero echando hostias.

Por el mismo sitio por el que han trepado, pero con mucha mayor celeridad, Laia y Pablo, Pablo y Laia escapan despavoridos de la casa de la muerte, pero con un buen botín entre los testículos. Es ya noche prieta, algunos adosados están iluminados, pero no se ve a nadie más en el horizonte. Un sedán de color rojo entra por la bocana de la calle, mientras ellos, ya a paso ligero, tuercen por un camino lateral para adentrarse en el jardín de la urbanización. Aún hace algo de calor, el día ha sido muy duro. Más de cuarenta grados.

### III

—Mira, Pablo. A mí me gusta este, pero es un poco caro, ¿qué te parece?

—Magnífico. Te queda muy bien. Pareces la princesa de los Ursinos. ¿Cuánto es?

—Son setenta y cinco euros, para tres días. *Moltes pelus*, ¿no?

—No es caro. Quédatelo. Con tres días tenemos bastante.

—¿Dónde es la boda? —pregunta la dependienta, atenta a la decisión.

—Es aquí mismo, en Barcelona. Para pasado mañana se los podemos devolver seguro.

—No hay problema. Aunque sea por la tarde, nosotros estamos abiertos hasta las ocho.

—¿Y qué te parece este traje, Laia? Parece de seda. Es muy fino y me va bien con los zapatos. Mucho más barato que el tuyo. La ropa de mujer siempre es más cara.

Bien cerca de Las Ramblas, en la calle lateral, Peu de la Creu, hay una pequeña tienda donde la pareja desahuciada está eligiendo vestidos para una fingida boda que, por supuesto, no es la suya. Al cabo de un rato ya salen bien trajeados, más chulos que nunca, y se encaminan, ramblas abajo, hacia la estatua de Colón y el puerto. Que se sientan observados ya es cosa suya porque aquí la vida lleva su marcha natural: la barra del Nuria está plagada de gente, los puestos de periódicos sueltan tantos titulares como olores los puestos de flores, y los jilgueros, los canarios trinan en sus jaulas despipitándose, quizá esperando que alguien les haga caso y les ayude a escapar; vete a saber. Hay marroquíes de sobra ofreciendo

relojes y máscaras y hasta una larga fila, en las taquillas del Palau, para asistir al estreno de *La fábula de Orfeo*, el nuevo montaje de la ópera de Monteverdi. La *plaza* del Rei, donde tantas veces, sobre todo los domingos por la mañana, se intercambian monedas y libros de anticuario, queda a la izquierda. Como siempre, hay gran ajetreo en este, sin duda, uno de los mejores bulevares de Europa. Desde la derecha, justo en la entrada principal de la Compañía de Tabacos de Filipinas, alguien saluda a la pareja, que, sin más, corresponde como es debido.

—¿Quiénes son? ¿Tú los conoces?

—Ni idea —responde Pablo—. Estoy seguro de que nos han confundido.

Ya en Ronda Litoral, una vez pasada la entrada al teleférico de Montjuic, frente al Mirador del Mediodía, la pareja llega a la terminal de cruceros:

—¡Madre de Dios, qué maravilla! Ese es nuestro barco.

—No puede ser que nosotros nos montemos ahí. En mi vida lo hubiese pensado. Vamos, que no me lo creo —exclama Laia, mientras le da un manotazo en el hombro a su compañero.

Efectivamente, atracado de costado para facilitar el embarque de los pasajeros, el crucero tiene forma alargada y cuatro alturas, tanto más pequeñas cuanto más ascendentes. En la planta superior destacan los radares y las antenas semiesféricas de comunicación y, en el lateral, el nombre de la naviera, Emerald Waterwats. Destacan los balcones laterales de casi todos los camarotes y la alternancia de los colores azul y blanco entre las entreplantas y las bandas de eslora. Figura también su capacidad, ciento veinte personas, y el nombre de Estigia, a ambos lados del casco de proa. En fila de embarque, tampoco muy larga por ahora, brillan sobre todo los espléndidos uniformes de las azafatas, y azafatos: trajes azules entallados, con chaqueta abierta, camisa blanca y pequeño pañuelo rojo al cuello. La chaqueta tiene dos pequeñas franjas amarillas en las muñequeras, que hacen juego con el pelo rubio de la mayoría.